



Capítulo 200 - Rey de los Ángeles Caídos

"¿Qué tal si empiezas a hablar, angelito caído?", preguntó Vergil, con una sonrisa siniestra que le torcía el rostro mientras sujetaba al ángel por el cuello con fuerza aplastante. Su mano rodeó el cuello del ángel caído como un grillete de hierro, amenazando con romperlo en cualquier momento.

El ángel caído forcejeó, agarrando la muñeca de Vergil en un intento desesperado por liberarse. Sin embargo, fue inútil; la fuerza del demonio era abrumadora.

"¿Crees que puedes ignorarme?", preguntó Vergil con ironía, ladeando ligeramente la cabeza mientras apretaba el agarre, haciéndole gemir de dolor. "Habla. ¿Para quién trabajas? O... bueno, tengo muchos métodos para sonsacarte la verdad. Ninguno es agradable."



El ángel caído jadeó, con las alas temblando mientras intentaba liberarse desesperadamente. Su voz finalmente salió, temblorosa y llena de miedo. "Yo... trabajo para... para Lucian..."

Vergil arqueó una ceja; un destello de interés cruzó su mirada. Soltó una risa baja, casi divertida. "Ah, entonces su nombre vuelve a salir a relucir. Lucian, ¿eh? ¿Y qué quiere exactamente? ¿Por qué me vigila?"

El ángel caído dudó, con el miedo reflejado en sus ojos. A Vergil no le interesaba la paciencia. Apretó aún más la garganta del hombre, arrancándole un grito de agonía. «Responde antes de que pierda el poco interés que tengo en mantenerte con vida».



Finalmente, destrozado por el dolor y la desesperación, el ángel caído cedió.
"Él... él sabe quién eres... Quiere... quiere que... te unas a él..."

Vergil rió, un sonido frío y vacío que hizo que el aire a su alrededor se sintiera aún más pesado. "¿Unirme a él? Interesante... Pero prefiero arrancarle esa invitación de las entrañas antes que aceptarla."

Vergil esbozó una sonrisa enigmática y volvió la mirada hacia Morgana, quien observaba la escena con una mezcla de curiosidad y desconfianza. "Vete a casa, Morgana", dijo con tono despreocupado pero firme, mientras retrocedía un paso y se ajustaba el abrigo. "Voy a charlar un rato con ese tipo".

Morgana entrecerró los ojos y se cruzó de brazos. "No me vas a dar ningún detalle, ¿verdad?"

Vergil respondió con una sonrisa encantadora y molesta a la vez. "¿Arruinar la sorpresa? Ni hablar. Espérame, no tardaré mucho".



Soltó un suspiro exagerado, pero se encogió de hombros. «Como desee, Su Majestad». El sarcasmo era evidente, pero Morgana sabía que era inútil insistir cuando Vergil ya había tomado una decisión.

Él rió levemente ante su tono. «Buena chica». Entonces, sin esperar respuesta, le dio la espalda a Morgana y desapareció en una nube de pura energía demoníaca, dejando solo una ligera distorsión en el aire.

Ya sola, Morgana volvió a suspirar y conjuró un portal con un gesto fluido, murmurando para sí misma al atravesarlo: «Si se mete en problemas, me reiré antes de ayudarlo».



Mientras tanto, Vergil apareció en otro punto de la ciudad, y su energía lo guió directamente hacia su siguiente objetivo. Su mirada estaba fija en la distancia, donde aguardaba una presencia mucho más poderosa. Su sonrisa se ensanchó; su postura relajada ocultaba la intensidad que ardía bajo la superficie.

Vergil sujetó firmemente al ángel caído, apretándole el cuello mientras el hombre aún respiraba con dificultad. El rostro del ángel estaba rojo y contorsionado por el dolor, pero Vergil mantuvo una actitud tranquila y amenazante. Conocía perfectamente la delgada línea entre la tortura y la muerte, y sabía exactamente dónde cruzarla... o no cruzarla.

—Bueno, veamos si este juego se pone más interesante... —murmuró una vez más, con la sonrisa sádica aún en sus labios mientras apretaba la garganta del ángel caído, casi como si jugara con su presa.

La presencia de su objetivo aún era lejana, pero Vergil no necesitó mucho más que un fragmento de su energía para localizarlo. Expandió su aura demoníaca con un gesto preciso, una ola de poder que atravesó la ciudad, encontrando rápidamente la señal energética que buscaba. «Te pillé».



El demonio levantó sin esfuerzo al ángel caído y, con un movimiento rápido, saltó por los aires. La ciudad de Nueva York parecía extenderse bajo ellos mientras Vergil se movía velozmente, como si cortara el aire con la misma facilidad con la que cortaría una habitación. El pequeño ángel caído apenas tuvo tiempo de procesar lo que estaba sucediendo antes de ser arrastrado a velocidades vertiginosas.

Al llegar a la cima de un imponente edificio, Vergil aterrizó con una suavidad sorprendente, como si flotara. Miró a su alrededor, evaluando el área antes de prestar toda su atención al ángel caído, aún atrapado por el cuello.



"Azazel...", dijo Vergil con voz profunda y llena de autoridad, mientras lanzaba al ángel caído al suelo con un movimiento implacable. El cuerpo del ángel golpeó el suelo con fuerza, y Vergil permaneció inmóvil, esperando. Su presencia parecía dominar el ambiente, mientras que su aura llenaba el aire de tensión.

El sonido de la ciudad de fondo pareció desvanecerse momentáneamente, como si incluso el mundo supiera que algo grande estaba por suceder.

Como si surgiera de una sombra, Azazel apareció; su imponente figura se materializó de la nada. Descendió con una ligereza sobrenatural, agachándose cerca del ángel caído, observándolo con una mirada divertida, casi desdeñosa.

"Oh, pensé que te tomaría más tiempo cazar a los ángeles que te pedí... Qué lindo", dijo Azazel con una sonrisa burlona, sus ojos brillando con una mezcla de arrogancia y diversión.

Vergil permaneció inmóvil, con la mirada fija en Azazel, quien ahora estaba inclinado para observar al ángel caído. Azazel lo observó como si el demonio fuera una distracción pasajera.

"Oh, uno de los lacayos de Lucian... Qué mono..." continuó Azazel, con la voz impregnada de una ácida ironía. Observó al ángel caído como si fuera un simple objeto. "¿Es Zataniel? ¿O Garindiel?" Hizo una pausa; la diversión en sus ojos dio paso a una ligera frustración. "¿O es algún juguete nuevo que tu amo decidió enviarme para ponerme a prueba?"

El ángel caído, aún en el suelo, miró a Azazel con una expresión de puro terror, con la respiración entrecortada y débil, pero sin el valor para hablar. La mirada de Azazel hacia él era de pura indiferencia, como si ya hubiera decidido el destino del ángel caído.





Vergil no se movió, pero sus ojos brillaron con una luz fría. «No tienes que preocuparte por él. Ya no tiene nada que ofrecer, Azazel. Estoy más interesado en ti».

El Rey Ángel Caído alzó la mirada hacia Vergil, con los ojos fijos en él, y su sonrisa se ensanchó, mostrando una confianza absoluta. "Así que me encontraste, ¿eh? ¿Y qué quieres, Vergil? ¿Crees que tienes algo que ofrecerme que no haya visto ya?"

Vergil dio un paso al frente, con la mirada inexpresiva, pero su cuerpo emanaba una fuerza inigualable. «Vine a hablar de algo, Azazel. Algo mucho más interesante que este juego de espionaje y traición».

Azazel, manteniendo su sonrisa, se levantó con sorprendente ligereza, mirando a Vergil con un destello de curiosidad. "Entonces, ¿qué quieres, Rey Demonio? O mejor dicho, ¿qué crees que ganarás con esto?". Cuando el ángel caído supo que Vergil era el Rey Demonio, todo su cuerpo tembló.

Vergil se limitó a sonreír. "Solo quiero información sobre... los Ángeles Caídos que escaparon de tus dominios... y, por supuesto, sobre ese tal Lucian". Vergil volvió a sonreír.

